

La liberalización del Sector Exterior

Fermín ZELADA DE ANDRES MORENO

NADA más grato que desempeñar el papel de moderador cuando en un debate confluyen las aportaciones valiosas y cuando hasta las eventuales discrepancias sirven para iluminar mejor hechos fundamentales. La satisfacción aumenta cuando el tema es de tan vasto alcance como es la importancia del sector exterior para nuestra economía y cuando, además, ese tema viene a coincidir con las preocupaciones dominantes durante una larga vida profesional y con mis actuales funciones al frente de la máxima entidad financiera española al servicio de dicho sector.

Confluencia de aportaciones porque el conjunto de tesis reunidas en torno al excelente artículo de Luis Linde coinciden en su gran mayoría y refuerzan las ideas de su autor. Las conclusiones de unos y otro se corroboran así mutuamente y hasta las ocasionales divergencias acaban por encontrarse positivamente como las nervaduras de una bóveda. El resultado es una arquitectura de la que creo útil resumir las líneas más sobresalientes.

UN SECTOR DECISIVO

La trascendencia del sector exterior para la economía española constituye la conclusión unánime de todos los trabajos.

De ahí el corolario de que la actuación en ese campo es también decisiva para nuestro progreso aunque, como muy bien subraya Jaime Requeijo, no puede ser el único frente de batalla. Sin embargo, insisto, frente prioritario porque en los últimos lustros España ha ido emergiendo del invernadero forzoso en que quedó encerrada desde 1940 y ha ido aumentando su interdependencia con el exterior. Este innegable proceso no nos ha conducido todavía, sin embargo, a un grado de integración comparable al de otros países europeos. Como subraya Linde, solamente Turquía es inferior a España en cuanto a su engranaje con la economía externa. Cabe ver este hecho con ópticas opuestas; es decir, celebrar nuestra «independencia» o lamentar nuestra «marginación». Quizás un nacionalismo a ultranza nos desearía como país ensimismado, de espaldas a los cambios exteriores, pero no nos dejemos engañar por esas sirenas: la realidad (y sobre este punto Linde y Requeijo se complementan) es que vamos progresando desde el invernadero hacia la participación, aunque esta última no sea todavía comparativamente tan avanzada. Y escribo «progresando» porque, en una economía internacional cada día más mundializada, integrarse es progresar; aislándonos sólo conseguiríamos reducir de manera suicida nuestro nivel de vida.

LA TRAMPA PROTECCIONISTA

Trascendencia indiscutible, por tanto, del sector exterior pero, a partir de esa constatación, unos atienden con preferencia al problema de las importaciones, mientras otros se inquietan por las exportaciones o, más generalmente, las entradas y las salidas. Esa naturaleza bifronte del problema se traduce, pragmáticamente, en dos opciones sobre la posible corrección del déficit de nuestra balanza. Ante el coste de las importaciones —y, sobre todo, la espectacular factura del petróleo— podrá sentirse la reacción de inclinarse hacia soluciones proteccionistas. Afortunadamente, el resultado del debate coincide con la clarísima posición inicial de la ponencia: la salvación está en el aumento de las exportaciones y no en la aplicación de proteccionismos más o menos disimulados. Hay que exportar más, y sólo así se atacará a la vez el paro y el déficit comercial, afirma rotundamente Linde y corroboran con todo rigor teórico y político sus comentaristas. Así lo hemos creído siempre en el Banco Exterior de España, a ello aplicamos nuestro esfuerzo, y quizás la aportación más valiosa de estos trabajos sea prevenirnos ciertamente contra una trampa en la que es posible caer irreflexivamente, incluso de buena fe.

Exportar sí, pero, ¿qué?, ¿cómo? De la formulación del principio a su traducción en hechos discurre un largo camino, cuyas etapas aparecen esbozadas en el debate. Con matices más amplios que la unanimidad anteriormente mencionada, el debate coincide en pensar que la exportación española debe evo-

lucionar hacia nuevos sectores, cuya identificación constituye una tarea prioritaria para suministrar a la política económica una base firme en su selectividad.

Por otro lado, exportar, pero ¿cómo? Se aborda por eso el tema de la política adecuada, que constituye lógicamente el núcleo más extenso de las aportaciones al debate. Aportaciones, además, de muy diverso carácter, desde el alto nivel teórico de los trabajos firmados por F. Cabrillo y G. de la Dehesa hasta la enumeración sistemática de medidas por el propio Luis Linde y otros participantes; desde el enfoque nacional y conjunto hasta el sesgo comunitario del trabajo de F. Granell.

LA MODERNIZACION INDISPENSABLE

El lector encontrará en cada caso las sugerencias de los autores sobre problemas de política arancelaria, regímenes de importaciones, control de cambios, ayudas a la exportación o tipos de cambio, por atenernos a la presentación de Luis Linde, adoptada con más o menos variantes por los demás autores. Por mi parte quiero retener tan sólo una conclusión, a mi juicio, digna de mayor relevancia porque rebasa el ámbito de lo coyuntural para referirse a las transformaciones profundas requeridas por nuestra economía. Me refiero a la importancia unánimemente atribuida (sobre todo, por Linde y Requeijo) a los efectos de la innovación tecnológica y de la inversión extranjera.

Esa conclusión no puede sorprendernos después de ver con-

fiada la solución de la balanza comercial a la exportación y, a su vez, el incremento de ésta a nuevos sectores. Pues ello implica necesariamente recurrir a nuevas tecnologías que, al no ser producidas por nuestra investigación propia, obligan a apelar a la inversión extranjera, aunque cuidando de que contribuya efectivamente al aumento de las exportaciones.

A la vista de las circunstancias, resulta lógico aceptar esa conclusión que, además, es coherente con el nivel de desarrollo general alcanzado por nuestro país. Es preciso, sin embargo, formular dos observaciones: la primera, que la tecnología importada no debe introducirse pasivamente como en una mera plataforma, a la manera de los llamados NICS (o «Países Industriales Nuevos»), sino que debe transfundirse en el conjunto de las actividades nacionales, como acertadamente observa L. Lerena. La segunda es que, si bien la nueva tecnología significa sobre todo una «reindustrialización», no debemos dejarnos cegar por la fuerte conexión entre tecnología e industria. En efecto, lo que exige nuestro desarrollo es la modernización *global* del país y de todas sus actividades, incluso agrarias o de servicios. Precisamente las más modernas técnicas (pensemos, por ejemplo, en la telemática) contribuyen hoy a revolucionar actividades tradicionales como las del sector primario o del mundo de los servicios, tan importantes en el perfil de la sociedad postindustrial y de tan notable peso en el sector exterior español, por la vía de nuestra actividad turística.

RENOVARSE O MORIR

Además de los aspectos hasta aquí resumidos, sin duda la lectura del artículo de L. Linde y demás trabajos suscitará otras reflexiones en el lector, por lo que con esto podrían concluir mis comentarios. Pero parecería descortés no tratar de corresponder a tan valiosas aportaciones con alguna reflexión propia, nacida al hilo de la lectura y al recuerdo de los debates. Permítaseme hacerlo con la más escueta brevedad.

Mi primera observación despierta ecos de textos tan antiguos como ilustres. El «renovarse o morir» se manifiesta, también en el presente caso, como una más de las formas en que se traduce la dialéctica histórica, atirantada entre la permanencia y el cambio. Como he dicho ya, una conclusión básica del trabajo de L. Linde es la necesidad de reformar nuestra estructura productiva para modernizar las exportaciones en un mundo que no ha cesado de caminar. Cierto que, en medio del cambio, permanecen rasgos inmutables y así Guillermo de la Dehesa alude a la «renta de situación» que es nuestro emplazamiento geográfico, como uno de los factores capaces de ayudarnos; pero eso no altera la necesidad de evolucionar hacia las exigencias de la demanda exterior, explotando nuestro potencial interior.

La exploración más completa de esa necesidad renovadora nos llevaría a relacionar el problema con la crisis que atraviesa el mundo, porque nuestro ineludible cambio es —en esta perspectiva— sólo un aspecto más de toda la profunda transformación que impone esta etapa

crítica. La crisis resulta así, a la vez, un reto y un estímulo, porque si, por un lado, hace falta afrontarla y adaptarse en consecuencia, por otro, la misma transformación mundial nos arrastra y nos obliga, como se afirma en el trabajo de Jaime Requeijo, a hacer algo más que capear la difícil coyuntura; es decir, a seguirla en busca de una transformación productiva que nos otorgue un nuevo puesto en la división internacional del trabajo. El cambio y la puesta al día constituye también en lo económico y a la luz de rigurosas contrastaciones, un imperativo de la vida nacional.

MERCADO, PERO SOCIAL

Ahora bien, las repercusiones de ese imperativo, que es el de renovarse para vivir, no se agotan en la relación de nuestro problema presente con la crisis mundial, sino que alcanzan al enfoque adecuado para las estrategias económicas convenientes. Dicho en breves palabras, la más elemental visión de la historia como proceso de cambio nos impide la nostalgia de estrategias que pudieron ser positivas en otro momento pero que hoy serían un anacronismo y un error.

Quiero decir con esto que si muy altas razones de justicia y de solidaridad humana no obligasen a corregir con sentido social el ciego automatismo de las fuerzas de mercado, esa corrección vendría forzada incluso por meras exigencias de racionalidad económica; es decir, por la búsqueda de la eficacia y de la capacidad competitiva. Por eso, cuando L. Linde y sus comenta-

ristas consideran el problema del sector exterior español, exigen todos ellos una política estatal de ayuda y estímulo que sería heterodoxa para quienes, con dieciochesca nostalgia, querrían limitarse a la supresión de trabas legislativas y refugiarse rigurosamente en los beneficios de la «mano invisible». Algún rezago de esas nostalgias creo ver en la excesiva confianza otorgada a soluciones monetaristas de las que hay alguna muestra en este caso, aunque, para ser justo, me complace reconocer que nadie las propone como exclusivas y que, como afirma Guillermo de la Dehesa, suponen planteamientos únicamente a corto plazo.

Por supuesto que conviene suprimir regulaciones residuales, inoperantes y anquilosadas. Pero no puede confiarse a ello sólo el progreso de la exportación. La solución no está ni en el mero juego de las fuerzas de mercado (que, además, necesitaría correcciones de carácter social) ni tampoco en el proteccionismo, que ya he subrayado antes cómo es rechazado en estos trabajos a causa de sus resultados contraproducentes. La estrategia adecuada es una prudente combinación de la eficacia del mercado con las directrices preestablecidas y de la libre iniciativa con la ayuda pública. Después de todo, esto es lo que se hace en todas partes y en ello coinciden los autores de los diferentes trabajos.

Más aún: no me cabe duda de que las aportaciones de mayor interés práctico en el conjunto de estos trabajos se encuentran en el catálogo de medidas de ayuda a la exportación y de política económica exterior, a cuyo análisis y mejora aparece dedicada la mayor par-

te de las páginas que siguen. Creo sinceramente que esas páginas pueden servir de inspiración para una acertada política comercial no sólo cuando sugieren variantes por razones institucionales (como en el caso de Francesc Granell recordando las posibilidades instrumentales de la autonomía), sino también cuando combaten ideas adquiridas y nos hacen ver, por ejemplo, que nuestros salarios ya no resultan tan inferiores y que no cabe apoyarse en ellos pasivamente para lograr una eficaz capacidad competitiva.

En conclusión, no sólo tenemos que renovarnos en un sentido estructural, modernizando el equipo productivo, sino que también hemos de apoyar un esfuerzo exportador que, por las solas fuerzas del mercado, no conduciría a la mayor penetración en el extranjero sino, al contrario, a una creciente dependencia a largo plazo.

EL FUTURO SE LLAMA EUROPA

Uno de los artículos concluye afirmando que cuando los problemas son tan complicados lo mejor es hacer que las cosas «ocurrán» evitando en lo posible que nos perjudiquen. Podrían interpretarse esas palabras, aunque no creo sea ésa la intención del autor, como una invocación al *laissez faire*, que no podemos aceptar porque, para decirlo con violencia idiomática, las cosas no ocurren sino que las «ocurrimos». Y una de las que ya han sucedido (aunque esté todavía por suceder, valga la paradoja) es la adopción de Europa como meta de la evolución española. Por

ser esta cuestión de la máxima importancia la he dejado, deliberadamente, para el final.

Aunque el tema no está muy presente en el artículo inicial —que, por otra parte, tan diferentes puntos aborda— existe por fortuna la contundente aportación de Matías Rodríguez Inciarte que viene a centrarse en esa laguna, junto a las observaciones por otros comentaristas. Y lo importante es que, como afirma el citado autor al comienzo de su trabajo, «la opción europea de España o, dicho más propiamente, la adhesión a las Comunidades Europeas convierte en estéril un debate distinto de lo políticamente ya zanjado sobre nuestra integración en la Comunidad». Esto significa que, en el clásico enfoque analítico de distinguir entre medios y fines, estos últimos (por lo que respecta a nuestra política comercial exterior) se encuentran ya definidos en gran parte por la decisión de acercamiento a Europa. En consecuencia, el apoyo a la exportación, las relaciones con otras áreas (y muy especialmente con una tan primordial para España como América Latina) y hasta la concepción de nuestro papel en el concierto de las naciones pasa por el futuro europeo de España. Que es, naturalmente, todo su pasado y toda su raíz.

Yo quisiera concluir coincidiendo con énfasis en esta determinante europea de nuestra vida exterior que, sin ser la única, es hoy la más imperiosa; sobre todo para orientar la reestructuración de nuestra economía. A la luz de ese hecho, ya ocurrido, me parecen ociosas las discusiones sobre las ventajas o inconvenientes de la integración de España. De todas maneras, y ante la afirmación

de Luis Lerena en el sentido de que nuestra plena integración en el Mercado Común es hoy «técnicamente imposible», considero necesario subrayar las afirmaciones de Rodríguez Inciarte.

Creo sinceramente, además, que la idea de imposibilidad técnica es una idea mucho más tecnócrata que política. Quiero decir con eso que las decisiones colectivas de mayor alcance tienen siempre muchos más componentes que los resultados del mero análisis tecnoeconómico y cuentan, especialmente, con la voluntad de acción y la capacidad de decisión. No se crea que esto es hacerse ilusiones; la historia ofrece muchos ejemplos de realizaciones colectivas a primera vista imposibles: quién, v.g., hubiera augurado a la Suiza del siglo XVIII (pobre rincón montañoso sin el hierro y la hulla exigidos por la revolución industrial) el alto nivel de desarrollo que hoy posee y que es esencialmente obra del esfuerzo humano con precarios recursos naturales. Por eso, frente a la mera visión técnica que (quizás con fundamento dentro de sus límites) parecería vedarnos nuestra condición europea, prefiero sumarme a la visión política que ha adoptado ya esa decisión y que simplemente confía en la voluntad y el esfuerzo para ejecutarla. Alguien ha dicho que si el escarabajo conociese las leyes de la aerodinámica nunca hubiera sido capaz de volar, por la estructura rechoncha de su cuerpo y la limitada superficie de sus alas. De la misma manera pienso, y con mucha más razón, que no hay obstáculos físicos para que nos transformemos económicamente y para que, como otra fuerza más dentro de Europa, contri-

buyamos desde ella —y vinculados a América Latina— al futuro del mundo. Lo único que se requiere es confianza en nuestra capacidad y acierto en las decisiones de cada día. A este último han de contribuir valiosamente las aportaciones que me ha sido tan grato comentar.